

## Las universidades coloniales de Hispano-América en el desarrollo cultural y político del Nuevo Mundo

(Conferencia dada en el Salón de Grados de la  
Universidad de Córdoba el 13 de Mayo de 1931).

Señor Vice - Rector, señoras, señores :

Agradezco muy sinceramente al señor Jaime Roca el cariñoso recibimiento que, en el nombre de Argentina intelectual, me ha dado esta noche. No quiero poner en tela de juicio su noble generosidad, recordándole que podría tener sus escrúpulos, como ciertamente los tengo yo, si se diera cuenta de las pocas veces que me he atrevido a presentarme ante un auditorio de habla española. Pero, es una prueba de la generosidad magnánima de su país el haberme invitado a hablaros sin hacer averiguaciones sobre este punto.

Aunque, sin duda me entenderíais mejor si os hablara en mi idioma patrio, mi uso presuntuoso del castellano es, sin embargo, un indicio de mis ardientes deseos de posesionarme bien de vuestra hermosa lengua para tener un medio más completo de entrar sin reserva y con toda simpatía en vuestra vida y pensamiento. En estas circunstancias, estoy seguro que un atrevimiento como el mío será perdonado por los argentinos que tienen fama por su caballerosidad. Como estuve, cuatro años atrás, en España durante unas semanas, he dedicado mi corta permanencia en América española a olvidar el acento de una combinación Carolino - Sevillana que principié a adquirir allá.

Por si mi lenguaje no fuera suficiente para abusar de vuestra paciencia, temo aumentar el abuso al hablaros del papel de las universidades hispano - americanas en el desenvolvimiento de la intelectualidad, la cultura y la política coloniales.

Pero, no escojo una materia más familiar para vosotros que

para mí con el fin de instruiros, sino para que yo aprenda de vosotros; y esta es la misión que me trae a vuestro país. Comprenderéis por mi insistencia sobre los conocimientos que son comunes aquí, cuáles de vuestros lugares comunes son novedades para un norte americano, en qué somos ignorantes y en qué somos cándidos.

Y ahora que hemos llegado al principio de lo que no me atrevería llamar una conferencia, os recordaré que hay una suposición particularmente ingenua y persistente entre las naciones anglo-sajonas de que la colonización española trajo pocas de las amenidades de la vida europea. El exagerado concepto de su superioridad que tienen los ingleses, sus aptitudes comerciales, y la aversión de un nacionalismo isabeliano para todas las cosas españolas, fueron las fuentes de una propaganda activa como la de Raleigh y Hakluyt contra España. Siguiendo la tradición inglesa, los norte-americanos fueron constantemente víctimas de esta leyenda, hasta que Eduardo Gaylord Bourne, hace un cuarto de siglo, en un capítulo, "Las Hazañas de Tres Generaciones", la disipó con una formidable presentación de hazañas culturales y políticas españolas sin precedentes en los anales de la historia imperial. Aún hoy día la inestabilidad de las repúblicas del Sur, los conflictos de intereses creados norte-americanos con la aspiración nacionalista hispano-americana, mantienen viva en ambos continentes una antipatía heredada de nuestros antepasados del reinado de Isabel de Inglaterra.

A pesar de su política de aislamiento, España fué durante trescientos años el agente más poderoso para transferir plantas, animales e instituciones europeas al Nuevo Mundo. En América Española la vida civilizada manifestada en educación, literatura, pintura, escultura, música y drama, se aproximó muy de cerca a la cultura de Europa misma. Aquí el área y población influidas por España fué superior a las de sus rivales juntos. La era colonial es la época más apropiada para examinar la cultura de Norte América comparada con la de sus vecinos. No fué, entonces, sino algo natural que el entusiasmo por la educación caracterizara el más temprano establecimiento de las colonias españolas. La apertura del Nuevo Mundo, que repercutió con efecto tan fuerte en la imaginación de Europa, vigorizó el Derecho Internacional bajo las fáciles plumas de los profesores españoles, Vitoria y Suárez y con-

sagró a España como la reina del mundo en asuntos políticos; tuvo también su fruto en América, aunque éste fuera eclesiástico. Donde iban los sacerdotes, se establecía una escuela para los indígenas o un colegio para los eclesiásticos. Algunas veces éstos se convertían en universidades para “la prosecución de estudios generales” y eran invariablemente modeladas en las famosas universidades de Alcalá y Salamanca, donde pocos años antes hombres incrédulos preguntaron acerca de la posibilidad de un camino al Oriente navegando hacia el Occidenté.

Así como la Universidad de París fué el modelo para el Viejo Mundo, así fueron Alcalá y Salamanca para el Nuevo. Antes de fines del siglo diecisiete, siete universidades se fundaron en América Española. Las universidades después del siglo diecisiete fueron fundadas a causa de las enormes dificultades de viajar, tales como las que se oponían a los jóvenes chilenos que volvían sus ojos hacia San Marcos. San Felipe pudo entonces atender a los santiaguinos que no tenían facilidades para dirigirse a Lima y pudo también preparar a jóvenes abogados de la República Argentina que estaban obligados a venir a Santiago o a Chuquisaca por falta de un colegio en Córdoba.

Entre las universidades de la época colonial cuyos graduados y doctores se colocaban al nivel de las instituciones españolas de igual rango, estaban las de Lima, México, y Chuquisaca (las tres universidades mayores), Córdoba, Bogotá, Cuzco, Santiago de Chile, Quito, Ciudad de Guatemala y Habana. La primera universidad en América fué fundada en la Española por la Orden Dominicana. Primeramente colegio, fué elevado al rango de universidad en el año 1538, y gozó después de todos los privilegios, exenciones y libertades de la Universidad de Alcalá.

Las dos universidades modelo de la época de los conquistadores eran San Marcos de Lima y la Real Universidad Pontificia de México. Estas reproducciones de París y Salamanca fueron fundadas simultáneamente cincuenta y seis años antes del establecimiento de la primera colonia inglesa en América, en Jamestown; ochenta y siete años antes de la fundación de nuestra primera universidad, Harvard, y 386 años antes de fundar la de Duke en Carolina del Norte que tengo el honor de representar. Sorprendente en su esfera de acción, la educación en el Virreinato de Nueva España

antes de la mitad del siglo dieciseis tenía a su crédito el trabajo iniciador de Juan de Tecto y Pedro de Mura entre los muchachos de los alrededores de la ciudad de México antes de la llegada de doce padres franciscanos, en el año 1524.

La escuela de San Pedro de Gante por médio de la asistencia obligatoria, llegó a tener mil alumnos, tanto hijos de aristócratas como de obreros, con un plan de estudios asombrosamente liberal y artístico, incluyendo música instrumental y vocal. El Colegio de Santa Cruz de Tlaltelaleo en 1536 pudo ya contar entre su eminente cuerpo de profesores al distinguido historiador y etnólogo, Fray Bernardino Sahagún, ante cuyas obras los antropólogos de la llamada escuela científica se sienten obligados todavía a inclinarse respetuosamente.

Una rara combinación de enseñanzas manual e intelectual según la tendencia en que ahora los profesores de educación americana hacen tanto hincapié, fué llevada a cabo en la escuela de San Juan de Letrán del Virrey Mendoza para niños mestizos. Este interés universal en la educación, abundantemente comprobado por las innumerables escuelas particulares y municipales para niños y aún para niñas donde se enseñaban las artes femeninas de costura, bordado, y a casarse a una edad adecuada, como también por el creciente número de padres que querían enviar a sus hijos a educarse en España, indujo a dar los primeros pasos para la fundación de la Universidad de México.

Aunque la petición de una Real Cédula fué llevada a España por dos representantes de los igualmente entusiastas peruanos, Fray Tomás de San Martín, primer provincial de los Dominicos del Perú, y Pedro de Gasca, la respuesta favorable fué aprovechada con todo entusiasmo en México donde la idea de una universidad era bien apreciada. Por lo que la inauguración tuvo efecto con gran pompa y solemnidad el veintiuno de enero de 1553. Todos los doctores que había en México fueron declarados miembros del claustro. Tan grande fué la ocasión y tan intenso el entusiasmo, que cada cátedra celebró su sesión inicial en un día distinto, pues el Virrey y la Audiencia deseaban honrar con su presencia la primera clase de cada ramo que se enseñaba. El proyecto se encontró con dificultades en el Sur, pero resurgió; San Marcos fué declarado santo patrón y empezó una era de prosperidad bajo el rectorado de Gaspar

Meneses, doctor en medicina, y la protección del ilustre Virrey Don Francisco de Toledo. Como las entradas de la institución dependían en gran parte de los impuestos de los Indios, con la disminución en el número de éstos, los salarios de los profesores, los primeros en sufrir la escasez de la fortuna en todas partes, fueron reducidos a la mitad.

Las cátedras establecidas inmediatamente en el Norte fueron las de Sagradas Escrituras, Derecho Canónico, Decretos Papales, Filosofía, Retórica e Institutos. La fundación de una cátedra de medicina y otras en las lenguas Otomí y Azteca en México dió una liberal influencia refrescante a estas primeras instituciones americanas. Las veinticuatro cátedras fueron divididas en dos clases: 1) las interinas eran dadas cada cuatro años por concurso en el cual el beneficiado se encontraba con todos los aspirantes ante jueces imparciales, sistema de selección de profesores universitarios que todavía existe en España. Por mucho tiempo 2) el otro grupo de profesores era seleccionado por el sufragio de todos los matriculados. El resultado inevitable fué un fenómeno no completamente desconocido en universidades más modernas, esto es, que los profesores hacían grandes esfuerzos para conquistarse el favor de los estudiantes, haciendo concesiones a sus gustos plebeyos, lo cual solamente nuestro moderno traficante en sensaciones sabe bien disimular en su silla de profesor. Para desarraigar la tendencia niveladora, el sistema fué cambiado en el siglo dieciocho por la elección hecha por una junta compuesta del Virrey, el Inquisidor Jefe, maestro de escuelas, deán de la facultad y el profesor-jefe del ramo.

Había de cuando en cuando modificaciones en un ramo de creciente demanda. Por ejemplo, la medicina, que al principio tenía una cátedra, fué luego dividida en dos secciones que tomaron sus nombres de la hora del día en que se enseñaban: "primas", anatomía, y "vísperas", molestias del cuerpo enfermo y su remedio. A pesar de que había una escuela de ingeniería, botánica y medicina, sin embargo la Teología y Derecho continuaron predominando con cinco cátedras. La Teología fué dividida en grupos como las Sagradas Escrituras, Duns Scotus y Santo Tomás de Aquino. Aunque en medicina había observaciones superficiales de hospital, se dice que la enseñanza tenía un sabor escolástico, es decir, si la medicina

era una ciencia o un arte y otras fútiles abstracciones de las cuales solamente el historiador tiene tiempo ahora para preocuparse. Los hombres fueron eficazmente excluidos del estudio y la práctica de la Obstetricia, y los que desobedecían eran castigados con rigor. Una vez un varón, científicamente inspirado, vestido de partera, asistía a un alumbramiento, y al ser descubierto, fué sumariamente ajusticiado. Ningún doctor en medicina podía llegar a ser rector de la universidad de México. En San Marcos de Lima, la transición a la práctica moderna empezó cerca del fin del siglo diecisiete cuando una cátedra de medicina según la práctica de Galeno fué establecida. Entonces, en un anfiteatro consruído para el uso de los estudiantes se daban conferencias sobre anatomía, y no tardaron muchos años en verificarse demostraciones prácticas en cadáveres en el Hospital de San Andrés. La mortandad era cosa muy común en la Ciudad de los Reyes.

¿Cuál era la naturaleza de la instrucción en tal universidad? Por el hecho de que la Universidad de Salamanca era la madrina de las Universidades de México y San Marcos, podemos hacer ciertas suposiciones bastante seguras. Sin duda, el espíritu de Salamanca fué transmitido íntegramente y quedó lo que pudo soportar el clima. Según un viajero que visitó el Perú, las universidades europeas no eran mejores que las americanas: "Ideas abstractas, quimeras despreciables y vanas sutilezas, explicadas en un estilo vulgar", decía él, "fué lo que constituyó la orgullosa ciencia que resonaba en sus aulas". Una insinuación del Consejo Supremo de Castilla a Alcalá y Salamanca para que reformaran sus estudios en el año 1771 provocó la indignada respuesta de la facultad de Salamanca que no se apartaría de Aristóteles para adoptar los métodos dudosos de Newton, Gassendi y Descartes; y como sus antecesores no pretendieron ser legisladores, ellos tampoco ensayarían la introducción de un gusto más exquisito en la ciencia. Una clase en América era también una disputa escolástica, acalorada, pero amistosa. La enseñanza escolástica de la época decadente no conducía a formar mentalidades originales confiadas en sí mismas. Sin embargo, los precoces estudiantes de las universidades eran numerosos, un hecho de que sus partidarios nunca se olvidaron. Uno vacila en recorrer la conclusión de la psicología moderna, que la memoria mecánica algunas veces se junta con la debilidad mental más que

con una alta inteligencia. Solís y Haro de México recibió su bachillerato en derecho canónico a los trece años y a los catorce se presentó como abogado defensor ante la Real Audiencia de Nueva España. Se cuenta que Pedro Paz de Vasconcelos, estudiante ciego, vendía sus libros después de leerlos una sola vez, pues podía citar pasajes de memoria y dar la página en referencia.

No hacía mucho que algunos sabios de Europa discutían el importante problema de cuantos ángeles cabían en la punta de una aguja. El gran maestro de síntesis, Santo Tomás de Aquino, siempre ocupaba en centro de la arena académica. Se imprimieron textos para remediar la escasez de obras clásicas como la Suma Teológica de Santo Tomás, aunque las imprentas de la Ciudad de México y de Lima producían obras, después de la segunda mitad del siglo dieciséis, sobre materias tan puramente científicas como la metalurgia. Mientras que la madrina española andaba en los valles y no en las alturas de la disciplina mental de la época, una tradición liberal empezaba lentamente en América a aleentar los colegios profesionales modernos de medicina e ingeniería. Las herejías que desconcertaban a España, inquietaban menos a Hispano-América intelectual. El Obispo Zumárraga de México fué ascendido después que aconsejó la lectura de las Sagradas Escrituras en español. Iniciando el arte de imprimir en el año mil quinientos treinta y cinco, los americanos, aún en las universidades, no seguían el precepto dado por San Francisco a sus discípulos de que "no profesaran ciencias y libros, pero que estudiaran la humildad", aunque Bancroft y Medina lo afirman. Los clásicos españoles contemporáneos como Cervantes y Ercilla y Zúñiga, circulaban libremente aun cuando la inspección estaba a cargo de la Inquisición de Vera Cruz, el "puerto de todas las naciones", en 1571 y aunque entonces se aseguró que los libros creaban "pozos públicos de veneno y raíces de rencor", especialmente las obras de ese "execrable heresiarca, Lutero." Más de treinta mil libros entraron en México en el último cuarto del siglo dieciséis, además de los libros de contrabando. Ni las enseñanzas teológicas ni la Inquisición pudieron mantener a Nueva España en el recto sendero de la ortodoxia, porque el colono español, como el inglés, era a menudo un intelectual tanto como un individualista político.

Y donde estas instituciones no dormían profundamente bajo la

influencia de un escolasticismo decadente, llegaron a ser el núcleo de esa revolución intelectual que dió a la independencia hispano-americana la calidad particular de un heroísmo intelectual y abnegado. De San Marcos de Lima vinieron los brillantes precursores Rodríguez Mendoza de San Carlos y el doctor Unánue, jefe de de la facción médica, y pudo contarse entre sus estudiantes a casi toda la falange de libertadores peruanos, como también el inmortal chileno, Camilo Henríquez. Los Errázuriz de Santiago con su pariente, Cortés Madariaga, entusiasta precursor chileno en Colombia, fueron productos académicos de la Universidad Real de San Felipe. La Universidad de San Francisco Javier de las Charcas puede enorgullecerse, no solamente de Monteagudo y Moreno, sino también de catorce de los veintiún miembros del Congreso de Tucumán, y mereció por eso el título de "el cerebro de la independencia de América". Cinco de los restantes fueron egresados de vuestra ilustre Universidad de Córdoba. En México la Real Universidad Pontificia tuvo la distinción de conferir grados a los sacerdotes-soldados, Hidalgo y Morelos. De los libros de grados de estas universidades podríamos copiar los nombres de muchos precursores y jefes, y lo mismo podría decirse de Bogotá, Quito y Caracas. Las universidades eran generalmente reaccionarias políticamente; pero, a pesar de todo, casi siempre abrigaban entre sus muros escolásticos a un Rodríguez Mendoza, un Alday, o un Manuel Salas que, a principios del siglo pasado, sonó el amanecer de la libre, científica y moderna edad en el Nuevo Mundo. Lo que era característico entre estos hombres — la universalidad de sus principios y servicios — fué entre nuestros revolucionarios más singular, y podrían unirse con nuestro inspirado Tomás Paine en su abnegada doctrina: "El mundo es mi parroquia y mi doctrina es hacer el bien".

No es extraño que el principio del progreso en el pensar científico se verificara en la profesión de la medicina. En el año 1791 el Dr. Juan Cárdenas de veintiseis años de edad, y profesor en la Universidad de México, que ejercía la profesión en Compostela, Guadalajara y en la capital, publicó un libro de conocimientos universales, especialmente interesante para el estudiante de la historia intelectual "que demuestra la crudeza del raciocinio del autor, la falta de observación científica entonces común, y los aspectos de la



vida de los tiempos no tratados por los escritores religiosos e históricos". Si no fué científica, la obra fué, sin embargo, significativa por cuanto trató de explicar la vasta categoría de los fenómenos físicos por medio de los fenómenos naturales, y no por medio de causas teológicas, basando su explicación principalmente sobre los hechos del calor y el frío, dos lemas filosóficos en ese tiempo muy populares.

Sin embargo, hay que admitir que en general había una escasez de producciones eruditas, debido en gran parte, al costo de las publicaciones. La distancia de Europa y la negligencia de los agentes españoles a quienes se confiaban los manuscritos, daba poca seguridad a la publicación aun de obras maestras. El Padre Torrejón lamentó esta situación con elocuencia conmovedora: "Se elevan tan cerca del sol que ilumina, como quedan distantes del que manda; y la distancia, o les niega influencia o ésta se debilita por la oblicuidad de los rayos. Por esta razón muchas plantas que si fueran favorecidas con más proximidad, estarían elevadas tan altas, tan majestuosamente coronadas, están ahora condenadas a marchitarse y decaer". Muchos libros de estas mismas universidades fueron dejados a un lado, y según las palabras del ya citado autor, "los miserables autores fueron condenados al olvido". Obras de trascendental importancia, como Castellanos, fueron resucitadas solamente hace un siglo.

Hacia el fin del siglo dieciocho las ciencias, las artes industriales y las bellas artes habían hecho adelantos tan rápidos que su enseñanza recibió un gran impulso, colocando a Nueva España y al Perú en un alto lugar entre los pueblos cultos del mundo. En 1785 la escuela de minas anexa a la Universidad mantuvo cursos prácticos de mineralogía. José Fausto Elhuyar y Andrés del Río de esta facultad llegaron a ser autoridades internacionales en esta ciencia. Mientras tanto, Antonio de Alzate principió a publicar sus artículos enciclopédicos en su Gaceta de Literatura, lo que contribuyó a colocarlo, especialmente como astrónomo, entre los fundadores de las ciencias modernas. Y en San Marcos de Lima hombres como el Doctor Pedro Peralta y Barnuevo, poeta, autor del poema "Lima Fundada" y de ocho obras mayores sobre muchas materias, mereció grandes elogios de los europeos, tales como éste: "En Lima reside el Doctor Peralta Barnuevo, profesor de mate-

máticas y gran ingeniero y cosmógrafo, un hombre de quien no podemos hablar sin admiración, porque apenas se encuentra en Europa un hombre que le supere en talento y erudición. Posee a la perfección dieciocho idiomas y en todos ellos escribe con elegancia. Es un profundo matemático, y la Academia Real de Ciencias de París ha publicado varias observaciones sobre eclipses que él ha enviado.” ¡Y esto en boca de un europeo! Ahí también se publicó un famoso periódico científico, “El Mercurio Peruano”. Es perfectamente natural que las tempranas contribuciones americanas a los conocimientos científicos estuvieran hechas en campos en que los americanos tuvieron más o menos un monopolio de observación: la botánica y la astronomía.

La atracción hereditaria del cielo recuerda un vasto imperio incáico paralizado con un reverente temor supersticioso por la aparición del dios del firmamento, Pizarro, o un malencarado sacerdote azteca, ofreciendo sus horrible sacrificios al sol, con el corazón de una mísera víctima humana. Y, sin embargo, aún en la literatura, el Perú produjo poetas, uno de los cuales, Diego de Rivero, del cual el inimitable Cervantes pudo escribir:

“Su divino ingenio ha producido  
En Arequipa universal primavera.”

Carlos de Sigüenza y Góngora, profesor de la Universidad de México, matemático, filósofo, historiador y anticuario, en 1681 publicó un folleto para disipar las supersticiones del pueblo de que los cometas estaban relacionados con la ira de la Providencia. Viendo que sus ideas eran combatidas por el noble flamenco, Martín de la Torre, quien defendía las supersticiosas ideas de los fenómenos celestes, Sigüenza replicó con un folleto fulminante llamado “Belerfonte matemático contra las Quimeras Astrológicas”, lo que luego le envolvió en una gran disputa con el célebre misionero de la costa del Pacífico, padre Kino. Tan importantes eran las influencias españolas del Occidente en la ciencia moderna, que Alejandro von Humboldt, a quien todos los hispano-americanos ofrecen una deferencia sin límites, se dignó mencionarlas en su *Cosmos* con orgullo.

Al contrario, De Pauw dice que cuando el matemático francés, Bodin, dejó sus investigaciones en Quito para ir a enseñar en San Marcos, no hubo ningún estudiante que entendiera sus conferen-

cias. Empezando con "Un Bosquejo de la Fundación y Progreso de la Insigne Universidad de San Marcos de Lima" (Lima, 1851), cubrió su memoria con innumerables refutaciones peruanas que solamente ahora dan señales de disminuir.

En la vida estudiantil y en el otorgamiento de grados hubo muchas semejanzas con nuestro sistema americano. En México un diploma de retórica era necesario en todos los cursos. La matrícula se efectuaba dos veces al año y se pagaba una cuota de diez céntimos (dos reales), la mitad para el secretario y la mitad para el tesorero. Un certificado de instrucción privada y cinco cursos completos en la facultad elegida por el estudiante era necesario para obtener el grado de bachiller. Como una prueba de la genuina obsesión educacional de los peruanos, podemos recordar que por cada diez bachilleres, se concedía una beca como recompensa por el cultivo de la ciencia, cosa que era practicada en la institución chilena, San Luis, por Manuel Salas de su propio peculio. La Universidad de San Marcos no puso nunca límite al número de los estudiantes pobres a quienes se podría haber aplicado esa regla, aunque los estudiantes de color fueron muy luego excluidos. Esencialmente aristocráticas, no obstante todas sus pretensiones democráticas, estas universidades luego encontraron que las distinciones raciales se presentaban. Negros, mulatos, cuarterones, zambos, y mestizos se vieron excluidos al poco tiempo después de que algunos de ellos ingresaran. Aunque en Lima los Ineas de mucha importancia tenían preferencia, los negros se mezclaban tan rápidamente con los aborígenes que llegó a ser difícil averiguar a que casta pertenecía un candidato. El negro puro había prácticamente desaparecido de la población peruana.

La recepción del doctorado, como también el otorgamiento de grados era poco menos que un espectáculo. "El Viajero Universal" dice lo siguiente: "Cuando un estudiante desea graduarse de doctor, busca a un padrino rico y distinguido, no tanto por su saber como por el hecho de poder pagar la mayor parte de los gastos que son exorbitantes. El padrino regala al candidato el anillo que llevan todos hasta el clero regular y que es la insignia del doctorado. Le regala también la gorra y capa que se exhiben sobre felpa y cojines en el balcón del padrino. El día en que se verifica el concurso público, estas insignias son llevadas a la Universidad en un

coche ocupado por el padrino y su protegido... Ahí, con la pompa más espléndida, se verifica la investidura a la cual muchos doctores e invitados asisten... El padrino coloca el anillo en el dedo del candidato, o, si éste es médico, le regala la espuela." Tantos doctores asistían que el aturrullado padrino era obligado a rogarles que se quedaran en sus casas. Aún así, los gastos de la investidura eran más de dos mil pesos, lo que debiera consolar a nuestros modernos doctores norteamericanos quienes pagan un derecho de trescientos dólares para la publicación de sus memorias. Antes de 1775 la Real Universidad Pontificia de México había conferido mil ciento sesenta y dos grados de doctor y de profesor. Los gastos del grado de bachiller deben haber sido inferiores, porque durante ese período, 29.882 de estos grados fueron conferidos .

En Lima la investidura doctoral se verificaba con la misma pompa y esplendor que en México. Sin embargo, según la legislación promulgada por el Virrey, Príncipe de Esquilache, en el año 1624, el candidato debía jurar defender la Inmaculada Concepción; probablemente era esto un eco de la disputa entre Franciscanos y Dominicos sobre el nacimiento de la Santísima Virgen, hasta que fueron silenciados por una decisión del Papado. Pedían también a los candidatos "que detestaran las execrables doctrinas de tiranicidio y regicidio," un poco antes hechas impopulares por las enseñanzas de Juan de Mariana. Posteriormente la obligación de los candidatos de defender la Inmaculada Concepción fué abolida.

El esmerado examen concluía con "refrescos, dulces y jaleas que sustituían la cena que exigían las instituciones antiguas de la academia." Un pago en dinero y un bonete al Rector, profesor-jefe, registrador y otros empleados; honorios a todos los miembros del claustro, seis gallinas gordas, cuatro libras de fiambre, un par de guantes para cada uno, además de una corrida de toros en la plaza principal, acompañada de entretenimientos suntuosos, por todo lo cual se estimaba que subían en el año 1743 los costos de cada doctorado a la extravagante suma de diez mil piastras. Los gastos apenas llegaban a seis mil piastras en cualquier época del siglo dieciocho. Era mucho más barato comprar el grado como uno compra un par de zapatos, y como se hacía en varias instituciones, especialmente en San Felipe de Chile.

La inauguración de un Virrey o Gobernador era también una

de las numerosas ocasiones en que el claustro de la Universidad estaba obligado a contribuir para una función que, por las ceremonias y magnificencia puede compararse con un triunfo romano. Durante los primeros diez años de su historia, la Universidad de San Felipe era una institución "de doctores sin honorarios y profesores sin cátedras." Sin dinero para hacer funcionar los cursos, se convirtieron éstos en una agencia para conferir "grados de indulto". Sin embargo, en las fiestas de recibimiento de los nuevos presidentes, con una deuda de 1,400 pesos y con 399 en caja, San Felipe pudo contribuir con cinco mil pescos a la celebración. A pesar de que la Universidad no podía funcionar, era de una importancia suma que el rector tuviera dos lacayos armados de espada (privilegio que no tenía el Virrey), para que cada asistente se sentara en la silla que le correspondía, y no hubiera error en cuanto a la persona que debía ir delante, o respeto de quien debía llevar el paraguas. Y hay que notar que 138 días del año académico eran días festivos, más o menos como una universidad de España en los tiempos actuales.

En México a los estudiantes se les prohibía llevar calcetas de color (no hay mención de color carne), pasamanería dorada, bordado, copete, patillas, o armas de cinto.

En el año 1728 los dueños de casa en las vecindades de la universidad fueron obligados a vender o arrendar sus propiedades a los profesores que deseaban residir cerca de su trabajo. Ocho años antes, cuando se protestó de que las corridas de toros distraían a los estudiantes, éstas fueron prohibidas en la Plaza del Valador. Aprovechándose de una procesión anual en honor de Santa Catalina, los estudiantes promovieron tanto desorden que el Corregidor de México atacó la procesión y mató a varias personas.

Como en Europa medioeval y en América moderna, padres preocupados escribían a sus hijos universitarios, quejándose de que se sentaran ociosamente en las ventanas tocando guitarras, o, como hoy día en Norte América, tocando el saxofón o el ukelele.

Un rasgo característico de la universidad hispano-americana era su contacto íntimo con la sociedad y su intenso interés en el bien del Estado. Pero desgraciadamente a veces estudiantes tenían más entusiasmo que buen juicio; sin embargo, mostraron ser un importante factor en la política, tal como en la actualidad lo son

en España, en el Perú, y en muchos países sud-americanos; especialmente cuando el gobierno pierde la cabeza y escoge el asesinato de preferencia a una arma más eficaz, como es la manguera de la bomba. Mi presencia, no del todo voluntaria, en el recinto de la Universidad de San Marcos durante los sangrientos sucesos del siete de Febrero último, da a mis observaciones sobre esta materia algo de empírico. Las contribuciones a las obras públicas en Lima de los profesores y estudiantes en tiempo de la Colonia alcanzaron a cientos de miles de pesos. En el año 1588 Felipe Segundo demoró mucho tiempo en hallar algo que aprobar, y expresó sus agradecimientos “por el manifiesto adelanto de la prosperidad de su reino”, por medio de la Universidad de San Marcos de Lima. En 1709 cuando los ingleses invadieron Guayaquil, poniendo al Virreynato en un estado de pánico, los estudiantes se enrolaron, sin distinción de clases, en las compañías militares. En Hispano-América, la palabra *académica* podría significar, entonces como ahora, espíritu público, una conotación que, siento decirlo, no existe hoy en los Estados Unidos de Norte América.

No puedo terminar, sin embargo, sin llamar la atención al hecho de que el ardiente deseo de penetrar en el alma de Hispano-América absorbe actualmente la atención de un numeroso grupo de intelectuales norteamericanos, y que a la gran ansia de hacerlo se une la curiosidad y la simpatía que se han difundido muy especialmente por todo el país durante los últimos veinte años.

Los miles de estudiantes americanos que se apresuran a inscribirse en las clases de Castellano en nuestras universidades, sin la menor idea de entrar en el comercio hispano-americano, prueba esta desinteresada buena voluntad. Y sinceramente os traigo los parabienes de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation. Como representante de la Universidad Duke al reciente Congreso de Universidades en Montevideo, estoy autorizado por el Presidente William P. Few de la Universidad Duke para poner a vuestra disposición la “Revista Histórica Hispano-Americana” que publicamos, como también la Universidad misma que represento.

DR. TATE LANNING.

---